

ROBERT HUGHES

ROMA

UNA HISTORIA CULTURAL



CRÍTICA

ROBERT HUGHES

ROMA

Una historia cultural

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: octubre de 2011

Primera edición en esta nueva presentación: septiembre de 2022

Roma

Robert Hughes

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Rome*

© Robert Hughes, 2011

© de la traducción, Enrique Herrando, 2011

Revisión técnica: Virgilio Ortega

Composición: Víctor Igual

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 78-84-9199-443-5

Depósito legal: B. 10.701-2022

2022. Impreso y encuadernado en España por Limpergraf



Capítulo 1

LA FUNDACIÓN

Si bien nadie puede decir cuándo inició Roma su existencia, al menos tenemos una razonable certidumbre acerca de dónde lo hizo. Fue en Italia, a orillas del río Tíber, tierra adentro, a unos 22 kilómetros de la desembocadura de este, un delta que posteriormente se convertiría en el puerto marítimo de Ostia.

La razón por la que nadie puede precisar con exactitud cuándo tuvo lugar su fundación es que esta nunca se produjo de un modo que pueda precisarse. No hubo ningún momento original en el que unas cuantas aldeas desperdigadas e inconexas de las Edades de Bronce y de Hierro, encaramadas en las colinas, acordaran unirse y considerarse una sola ciudad. Cuanto más antigua es una ciudad, más dudas hay sobre sus orígenes, y Roma es indudablemente antigua. Esto no impidió a los romanos del siglo II a. C. proponer fechas inverosímilmente exactas para sus orígenes: Roma, solía afirmarse, no sólo había iniciado su existencia en el siglo VIII a. C., sino exactamente en el año 753 a. C., y su fundador había sido Rómulo, el hermano gemelo de Remo. En este punto comienza una enmarañada historia, con muchas variantes, que tienden a volver sobre los mismos temas que veremos una y otra vez a lo largo de toda la larga historia de Roma: la ambición, el parricidio, el fratricidio, la traición y la ambición obsesiva. Sobre todo esta última. Nunca antes había existido una ciudad tan ambiciosa como Roma, ni posiblemente existirá jamás, aunque Nueva York le plantea cierta competencia. Jamás ha estado ninguna ciudad tan empapada en violencia desde sus inicios como Roma. Estos se remontan al relato de la infancia mítica de la ciudad.

En resumidas cuentas, la historia dice que Rómulo y Remo eran huérfanos y expósitos, pero que podían afirmar su pertenencia a un

largo y augusto linaje. Este se remontaba a Troya. Tras la caída de Troya (siendo la fecha legendaria de este catastrófico acontecimiento el año 1184 a. C.), su héroe Eneas, hijo de Anquises y de la diosa Afrodita o Venus, había escapado de la ciudad en llamas con su hijo Ascanio. Después de pasar años errando por el Mediterráneo, Eneas fue a parar a Italia, donde Ascanio (ya adulto) fundó la ciudad de Alba Longa, no lejos del que con el tiempo llegaría a ser el emplazamiento de Roma, hecho que tradicionalmente se sitúa alrededor del año 1152 a. C.

Aquí, la progenie de Ascanio inició un linaje de reyes, sus descendientes. El último de este linaje fue Amulio, que le arrebató el trono de Alba Longa a su legítimo ocupante, su hermano mayor Numitor.

Numitor tenía un hijo, una niña llamada Rea Silvia. Amulio el usurpador usó el oportuno poder que acababa de arrebatar para convertirla en una virgen vestal, con el fin de que ella no pudiera tener un hijo que pudiera ser no sólo el heredero de Amulio, sino también una mortal amenaza para él. Pero el dios de la guerra Marte, que no tenía el menor respeto ni por la virginidad ni por la vestalidad, fecundó a Rea Silvia. Amulio, al darse cuenta de que estaba embarazada, mandó encarcelar a Rea Silvia; esta murió pronto debido a los malos tratos, pero no antes de dar a luz a sus hijos gemelos, Rómulo y Remo.

Sobre lo que ocurrió a continuación tenemos la palabra del gran historiador Tito Livio. Amulio ordenó a sus hombres que arrojaran a los pequeños Rómulo y Remo al Tíber. Pero el río se había desbordado y sus aguas no se habían retirado todavía. De modo que en lugar de adentrarse caminando en la corriente y mojarse, con el engorro que ello suponía, se limitaron a deshacerse de los bebés en el agua menos profunda que había inundado la orilla del río, y se marcharon. El nivel del Tíber descendió un poco más, dejando a los gemelos varados en el barro. En ese estado, mojados pero aún con vida, los encontró una loba, que benévolutamente los alimentó con su leche hasta que fueron lo bastante mayores y fuertes para que Fáustulo, el pastor del rebaño real, los criara hasta que alcanzaran la edad adulta. (La mayoría de los visitantes, cuando ven la escultura de bronce de los Niños Fundadores mamando las cónicas tetillas que cuelgan de la *lupa* en el Museo dei Conservatori, lógicamente piensan que se trata de la obra original. No lo es: la loba es antigua y la fundió un artesano etrusco en el siglo V a. C., pero Rómulo y Remo fueron añadidos aproximadamente entre los años 1484 y 1496 por el artista florentino Antonio del Pollaiuolo.)

En cualquier caso, en el mito finalmente derrocaron a Amulio y devolvieron a su abuelo Numitor a su legítimo lugar como rey de Alba

Longa. Y después decidieron fundar un nuevo asentamiento a orillas del Tíber, allí donde el azar los había arrastrado. Este se convirtió en la ciudad de Roma.

¿Quién sería el rey de la nueva ciudad? Esta cuestión la resolvió un augurio manifestado en forma de una bandada de aves de rapiña. Seis de ellas se le aparecieron a Remo pero doce a Rómulo, señalándole así —aprobado por mayoría de votos por los dioses de las alturas, por así decirlo— como el indiscutible gobernante de la nueva ciudad.

¿Dónde se hallaba exactamente esta? Siempre ha habido cierta discrepancia acerca del emplazamiento original, el sitio «primitivo» de Roma. No hay ninguna prueba arqueológica de él. Debió de hallarse en una de las orillas del Tíber; en cuál de ellas, nadie lo sabe. Pero el distrito es célebre por haber tenido siete colinas: Palatina, Capitolina, Celia, Aventina, Esquilina, Viminal y Quirinal. Nadie es capaz de saber cuál de ellas pudo serlo, aunque es probable que el emplazamiento escogido, por razones estratégicas, fuera una colina en lugar de una llanura o un declive. Nadie llevaba ningún registro entonces, de modo que nadie puede saber cuál de estas protuberancias, bultos o granos fue una candidata probable para ello. La «tradicición» sitúa el emplazamiento primitivo en la modesta pero defendible altura de la colina Palatina. La fecha «aceptada» de la fundación, el año 753 a. C., es, por supuesto, totalmente mítica. Nunca hubo ninguna posibilidad de autenticar estas fechas de los inicios: naturalmente, nadie llevaba ningún registro entonces, y dado que los posteriores intentos de consignar los anales de la ciudad, que pertenecen al siglo II a. C. (los escritos de Quinto Fabio Píctor, Polibio, Marco Porcio Catón), no empezaron a realizarse hasta más de quinientos años después de los hechos que afirman describir, no se pueden considerar precisamente fidedignos. Pero son lo único de lo que disponemos.

Supuestamente, Rómulo «fundó» la ciudad que lleva su nombre. Si las cosas hubieran sido distintas y hubiera sido Remo quien lo hubiera hecho, puede que ahora hablásemos de visitar Rema, pero fue Rómulo quien, en la leyenda, delimitó la franja de tierra que definió los límites de la ciudad enganchando dos bueyes —un toro y una vaca— a un arado y haciendo un surco. Este se denominó *pomerium* y sería la sagrada huella de la muralla de la ciudad. Este, según Varrón, era el rito etrusco para la fundación de una ciudad en el Lacio. El ritual exigía que el surco, o *fossa*, la pequeña trinchera de fortificaciones simbólicas, quedase fuera del caballón de tierra levantado por la reja del arado; este caballón se denominaba *agger* o terraplén. Las murallas de la

ciudad se erigían detrás de esta línea simbólica, y el espacio que quedaba entre ella y las murallas se mantenía escrupulosamente libre de construcciones y de siembras, como medida defensiva. El área interior del *pomerium* llegaría a conocerse como *roma quadrata*, «Roma Cuadrada», por razones poco claras. Evidentemente Remo se ofendió por ello, por motivos igualmente desconocidos. Quizá le molestara que Rómulo se arrogase el derecho de determinar la forma de la ciudad. Mostró su desacuerdo saltando sobre el surco, un acto inocente, podría pensarse, pero no para Rómulo, que lo tomó como una expresión blasfema de hostil desprecio y asesinó a su hermano gemelo por cometerlo. La historia no cuenta cómo pudo sentirse Rómulo por haber dado muerte a su único hermano a raíz de algo que percibió como una amenaza a su soberanía, pero quizá sea significativo el hecho de que el grupo sagrado que periódicamente corría alrededor del *pomerium* para garantizar la fertilidad de los rebaños y de las mujeres romanas en años posteriores se conociera como *luperci* o hermandad de lobos.

Así pues, la embrionaria ciudad, que tuvo sus orígenes en un fratricidio no explicado, tuvo un fundador, no dos, y por el momento no contaba con ningún habitante. Rómulo supuestamente resolvió este problema creando un asilo o lugar de refugio en lo que llegaría a ser el Capitolio, e invitando a entrar en él a la escoria del Lacio primitivo: esclavos fugitivos, exiliados, asesinos, delincuentes de todo tipo. La leyenda lo describe como si hubiera sido (por emplear un símil más reciente) una especie de Dodge City. De ningún modo puede ser esto la pura verdad, aunque sí que contiene una pizca de verdad simbólica. Roma y su cultura no fueron «puras». Nunca fueron el producto de un único pueblo étnicamente homogéneo. A lo largo de los años y posteriormente de los siglos, gran parte de la población de Roma vino de fuera de Italia: entre ellos incluso algunos de los emperadores posteriores, como Adriano, que era español, y escritores como Columela, Séneca y Marcial, también nacidos en España. Celtas, árabes, judíos y griegos, entre otros, fueron incluidos bajo el amplio paraguas de la *Romanitas*. Ello fue consecuencia inevitable de un sistema imperial que constantemente se expandía y que frecuentemente aceptaba a los pueblos de los países conquistados como ciudadanos romanos. No es hasta finales del siglo I a. C., con el de Augusto, cuando empezamos a ver indicios de un arte claramente «romano», de un ideal cultural identificablemente «romano».

Pero ¿cuánto de romano tiene lo romano? Una estatua desenterrada no lejos del Capitolio, tallada por un artista griego que fue prisionero

de guerra en Roma, la cual representa a Hércules al estilo de Fidias y que se realizó para un adinerado mecenas romano al que le parecía que el arte griego era el no va más de lo chic, ¿es una escultura «romana»? ¿O es arte griego en el exilio? ¿O qué es, si no? «Mestizaje es grandeza», dice un refrán español, pero bien podría haber sido romano. A los romanos, que se expandieron para ejercer su dominio por toda Italia, nunca les fue posible pretender las locuras de pureza racial que llegaron a contaminar el modo en que los alemanes se vieron a sí mismos.

Varias tribus y grupos habitaban ya la llanura costera y las colinas que se hallaban en torno al Tíber. Los más desarrollados en la Edad de Hierro fueron los villanovenses, cuyo nombre proviene de la aldea próxima a Bolonia donde se descubrió un cementerio con sus tumbas en 1853. Su cultura se transformaría, a través del comercio y la expansión, en la de los etruscos, en torno al 700 a. C. Para establecer cualquier nuevo asentamiento había que vérselas, o al menos llegar a un acuerdo, con los etruscos, que dominaban la costa tirrena y la mayor parte de la Italia central, una región conocida como Etruria. El lugar de procedencia original de estos sigue siendo un misterio. Lo más probable es que siempre hayan estado allí, pese a la creencia que algunos tenían en el pasado de que los ancestros remotos de los etruscos habían emigrado a Italia desde Lidia, en Asia Menor. La más poderosa ciudad etrusca próxima a Roma era Veii, situada a apenas 14 kilómetros al norte de ella; aunque la influencia cultural de los etruscos se expandió por un área tan extensa que llegaron a hacerse sentir hasta muy al sur, en lo que posteriormente sería Pompeya. Hasta que fueron eclipsados por el creciente poder de Roma, en torno a 300 a. C., fueron ellos quienes determinaron las condiciones culturales de la Italia central.

Los etruscos, que nunca fueron un imperio centralizado, crearon ciudades estado a lo largo de la costa tirrena de Italia: Veii, Caere (Cerveteri), Tarquinia, Vulci y otras, todas ellas gobernadas por los reyes y altos sacerdotes denominados *lucumones*. Algunos de estos asentamientos estaban vinculados en una federación poco rígida, con ritos semejantes y acuerdos de defensa y de comercio. Debido a su superioridad militar —el «tanque» etrusco era un carro equipado con bronce, y la unidad básica de guerra etrusca era una falange fuertemente acorazada y estrechamente unida, antecesora de la legión romana— pudieron dominar a las fuerzas, menos unidas, de sus rivales tribales, hasta que los romanos se instalaron allí.

Otras agrupaciones tribales de menor importancia también controlaban territorios en los alrededores de Roma, siendo una de ellas la de

los sabinos. Parece que eran pastores y montañeses, y es posible que su asentamiento se hallara en la colina Quirinal. Rómulo, que fue expansionista desde el principio, al parecer decidió tratar de hacerse con este territorio en primer lugar. Se dice que Rómulo celebró unas carreras de caballos durante la Fiesta de Consus (en agosto) para atraer a los sabinos y a sus mujeres y ponerlos a su alcance. Toda la población sabina se presentó allí, y cuando se dio una señal los romanos raptaron a todas las mujeres jóvenes que pudieron encontrar. Esto equivalió a una declaración de guerra entre los romanos y los enfurecidos sabinos. (Todos los romanos eran latinos, pero no todos los latinos eran romanos. El poder romano, incluido el poder para conceder la ciudadanía romana, se investía en Roma, y este llegó a ser un honor apreciado.) El rey de los sabinos, Tito Tacio, reunió un ejército y marchó contra los romanos. Pero en otra escena, que artistas posteriores como Jacques-Louis David hicieron legendaria, las sabinas secuestradas se lanzaron entre los dos bandos de furiosos varones —hermanos, padres, maridos— y los convencieron para hacer las paces y no la guerra.

La paz y la alianza entre sabinos y latinos prevaleció entonces. Se supone que Rómulo gobernó las tribus unidas durante 33 años más, y después desapareció espectacularmente de la tierra, envuelto en la densa oscuridad de una tormenta. Tradicionalmente se dice que seis reyes sucedieron a Rómulo, algunos de ellos latinos, otros (en particular los semilegendarios gobernantes del siglo VI Tarquino Prisco y Tarquino el Soberbio), supuestamente etruscos. En la leyenda, su sucesión comenzó con Numa Pompilio, que reinó durante 43 años y fundó en Roma «una innumerable cantidad de templos y ritos religiosos». Lo siguió Tulio Hostilio, que conquistó a los albanos y al pueblo del asentamiento etrusco de Veii; después Anco Marcio, que agregó a Roma las colinas del Janículo y el Aventino; después Tarquino Prisco, de quien se dice que instauró los Juegos Romanos; después Servio Tulio, que agregó las colinas Quirinal, Viminal y Esquilina y acabó con los sabinos; y después Tarquino el Soberbio, que asesinó a Servio. Su hijo Lucio Tarquino el Soberbio hizo las paces entre los latinos y los etruscos.

Estos reyes establecieron el *mons Capitolinus*, la colina Capitolina, como ciudadela y centro sagrado de Roma. Aquí se erigieron los templos a las diosas Minerva y Juno, así como el más sagrado e importante de todos, el templo a *Iuppiter Optimus Maximus*, «Júpiter Óptimo y Máximo». Se lo dedicó (supuestamente) el rey Tarquino en 509 a. C. Aunque se sabe poco sobre Tarquino el Soberbio como figura históri-

ca, fue él quien aportó a muchos idiomas una expresión que sobrevive y se emplea hasta el día de hoy. Según Tito Livio (que escribió sobre ello aproximadamente medio milenio después), el rey le enseñó con ella una lección a su hijo Sexto Tarquino, el futuro violador de Lucrecia. Nada más conquistar una ciudad enemiga, Tarquino estaba paseándose con su hijo por el jardín cuando empezó a segar las cabezas de las amapolas más altas que había en él. Esto, explicó, era lo que había que hacer con los ciudadanos más destacados de un pueblo caído que pudieran causar problemas en la hora de la derrota. De ahí el término moderno, que especialmente les encanta a, y utilizan con demasiada frecuencia, los australianos desdeñosos para allanar la sociedad que les rodea: el «síndrome de las amapolas altas».

La autoridad de los reyes en Roma duró unos doscientos años. La sucesión no era hereditaria. Durante esta época, los reyes fueron básicamente reelegidos; no por todas las clases del pueblo romano, sino por los ancianos más ricos y poderosos de la ciudad, quienes (junto con sus familias) llegaron a ser conocidos como *patricii*, los «patricios». Estos constituían una clase dirigente, que escogía y posteriormente aconsejaba a los gobernantes de Roma. Después de la desaparición del último rey, Tarquino el Soberbio, a quien los patricios expulsaron y se negaron a reemplazar jamás, evolucionó un sistema que fue concebido con la idea de no volver a dejar nunca semejante autoridad en las manos de un solo hombre. Se concedió la autoridad suprema no a una sino a dos figuras escogidas, los *consules* (cónsules). Tenían exactamente los mismos poderes y la decisión de uno podía invalidar la del otro: de ese modo, el Estado romano no podría emprender ninguna acción en ningún asunto a menos que ambos cónsules estuvieran de acuerdo sobre ella. Esto, cuando menos, le ahorró al Estado romano algunas de las insensateces de la autocracia. En adelante, la perspectiva de estar sometidos a la «realeza» sería una pesadilla política para los romanos; el cónsul Julio César, por poner el ejemplo más destacado, sería asesinado por un conciliábulo de republicanos que temían que pudiera nombrarse rey a sí mismo. Mientras tanto, los poderes religiosos se escindieron de los reyes y fue investido con ellos un sumo sacerdote, conocido como el *pontifex maximus*.

Todo ciudadano romano que no fuera patricio se incluía en la clasificación de plebeyo. No todos los que vivían en Roma gozaban de la condición de ciudadanos; esta no se extendía a los esclavos ni a los extranjeros residentes, de los que había muchos. La casta superior del poder oficial se amplió posteriormente tras el año 494 a. C., cuando los ciudadanos plebeyos, molestos por la arrogancia con la que los patri-

cios los trataban, se declararon en huelga y se negaron a hacer el servicio militar. Esto podría haber sido un desastre para un Estado expansionista como Roma, al estar rodeado por enemigos en potencia. El desastre se evitó eligiendo cada año a dos representantes del pueblo conocidos como «tribunos», que tenían el deber de cuidar y proteger los intereses de los plebeyos. Muy pronto el número de representantes a los que se otorgaba el poder tribunicio, la *tribunicia potestas*, aumentó de dos a diez. Para aclarar el campo de acción de estos comenzaron a aparecer leyes escritas, conocidas en un principio en su forma primitiva como las Doce Tablas.

La ciudad sobre la colina, o para entonces las colinas, era imparable. Continuó viviendo y creciendo, expandiéndose y conquistando. Era excepcionalmente dinámica y agresiva, pero de su vida y sus vestigios físicos sabemos muy poco, debido a la ausencia de documentos históricos creíbles y al desmoronamiento y la demolición de los edificios. Lo que allí hubiera quedó enterrado por Romas posteriores. En palabras del historiador francés Jules Michelet: «La Roma que vemos, la que nos arranca... un grito de admiración, no es de ningún modo comparable a la Roma que no vemos. Esa es la Roma que yace a 6, a 10 metros bajo tierra... Goethe dijo del mar: “Cuanto más se adentra uno en él, más profundo se vuelve”. Lo mismo sucede con Roma... sólo tenemos la menor parte de ella».

Puede que sea así, puede que no. Cuanto más se adentra uno en ella, más primitiva tiende a ser la arquitectura romana. No queda en pie ningún vestigio legible de ningún templo etrusco-romano construido. Es necesario hacer muchas conjeturas para reconstruir el templo original de Júpiter, de base etrusca, que se hallaba en la colina Capitolina, con su profundo pórtico, su pesado tejado a dos aguas con amplios aleros de madera y su profusa decoración de terracota en el tejado en forma de antefijos. Se han dejado amplios espacios entre las columnas, más amplios que lo que habrían podido ser en una construcción de piedra: estas formas eran adecuadas para la arquitectura en madera, porque se basan en la resistencia a la tensión que tiene la madera; la piedra es fuerte al someterla a compresión y, por consiguiente, excelente para postes y columnas, pero al someterla a tensión, como en el caso de una viga que cruza un espacio, es débil. El edificio pone el acento en su fachada delantera, a diferencia de lo que ocurre en los templos griegos, que eran «perípteros», es decir, estaban diseñados para que se vieran completamente rodeados de columnas, en sus cuatro lados. Vitruvio, el primer gran clasificador de la arquitectura italiana

de la antigüedad, denominó a este estilo «toscano», y así se le sigue llamando.

Lo que provocó el gradual refinamiento de este tipo «primitivo» de arquitectura etrusco-romana fue la influencia de la construcción griega presente en las colonias helénicas situadas en la península Itálica: Cumas, Neápolis (Nápoles), Zancle, Naxos, Catana y Leontini. Sus templos tendían a estar completamente rodeados por columnatas y establecieron «órdenes» o estilos de columna y capitel. Puede que determinados cambios litúrgicos favorecieran el abandono del templo de una sola fachada frontal. O quizá el diseño, completamente rodeado por columnatas, de los edificios griegos que se estaban erigiendo en las colonias helénicas de la península Itálica indujeran a su imitación. La columna estriada, cuyas acanaladuras verticales, en manos griegas, quizá fueran un muy estilizado recuerdo de las vetas de la madera, no aparece nunca, pero no cabe duda de que el uso que hicieron los constructores etruscos de los antefijos de terracota a lo largo de sus tejados de madera se adaptó de los modelos griegos.

Muchas de las tumbas y de los recintos santos etruscos que son reconocibles hoy en día no necesitaron ninguna columna, porque se construyeron bajo tierra. Algunos de ellos, sobre todo en el interior rural de Tarquinia, una ciudad con vistas a la costa, situada a 100 kilómetros al norte de Roma, siguen existiendo hoy, una pequeña minoría de los cuales se halla adornado con hermosas, si bien algo toscas, pinturas que muestran escenas de caza, pesca, festejos, sacrificios, bailes, rituales y (en la tumba de los Toros, detrás de Tarquinia) de sodomía. Pero estas construcciones no pueden considerarse arquitectura: tan sólo agujeros en la tierra decorados, o lugares ocultos bajo montones cónicos de tierra y piedras.

De su religión y de sus dioses se sabe poco, para nuestra frustración. Sobreviven muchas inscripciones en etrusco, pero estas son, en su mayoría, bastante inservibles desde un punto de vista histórico; meros nombres escritos de forma ilegible, que ni siquiera conmemoran fechas y desde luego tampoco hechos. Debido a la similitud de las letras con el alfabeto griego podemos decir cómo sonaban probablemente las palabras, pero en pocos casos lo que significaban. Puede que la tríada de los principales dioses etruscos, Tinia, Uni y Menvra, se corresponda exactamente con la tríada romana de Júpiter, Juno y Minerva, cuyo culto se instalaría en el Capitolio, pero puede que no sea así; aunque «Menvra» probablemente es Minerva.

Sabemos que algunos etruscos eran capaces de realizar exquisitas

esculturas en terracota, y que algunos eran expertos en metalurgia: esto es evidente al observar obras maestras en bronce, tales como la Quimera de Arezzo; la figura desenterrada de una tumba de Volterra, inquietantemente reminiscente de las de Giacometti y apodada, debido a su extremo alargamiento, la *ombra della sera* («la sombra de la tarde»); la figura de bronce de tamaño natural y elegantemente detallada de un orador etrusco, que es uno de los tesoros del Museo Arqueológico de Florencia; y la ya mencionada y emblemática *lupa* o loba que, lanzando su mirada desafiante y fiera desde arriba, en el Capitolio, amamanta a los pequeños Rómulo y Remo. Quizá la más grande de todas las esculturas de terracota etruscas sea el *Sarcófago de los esposos*, del siglo VI a. C., actualmente en el Museo di Villa Giulia de Roma, un gran arcón en forma de cama sobre el que la joven pareja se halla grácilmente recostada, y en la que el agrupamiento y el delicado equilibrio lineal están tan delicadamente logrados que, para muchos visitantes, esta es la imagen más conmovedora y hermosa de todo el arte etrusco. ¿De qué murieron? ¿Dejaron este mundo al mismo tiempo? ¿Quién puede saberlo ahora? Fue hallada en Cerveteri, pero el centro de estatuaria más apreciado de Etruria fue Veii; hasta tal punto que el nombre de uno de sus artistas, Vulca, a quien se encargó la realización de estatuas para el gran Templo de Júpiter en el Capitolio romano, ha llegado hasta nosotros, la más excepcional de las conmemoraciones.

Los etruscos parecen haber tenido pocos alfareros autóctonos de primera línea, si es que tuvieron alguno, pero su gusto por la buena cerámica trajo obras notables de Grecia a Etruria como mercancía, las cuales acabaron sus viajes en las tumbas de los grandes personajes etruscos; la más famosa de ellas, por la sensación y la polémica que rodearon su venta al Museo Metropolitano de Arte de Nueva York y finalmente su regreso a las manos de sus auténticos conservadores en Italia en 2008, fue, naturalmente, el gran cuenco griego para vino conocido como la crátera de Eufronio, desenterrada y posteriormente robada de la necrópolis etrusca de Cerveteri, al norte de Roma. El material cerámico autóctono, que no se encuentra en Grecia, era una arcilla negra conocida como *bucchero*, usada sin pintar, con la que se hicieron miles y miles de ollas y cuencos para usos prácticos, algunos de una robusta belleza monocromática.

Puede que su arquitectura y que la mayoría de sus artefactos sagrados hayan desaparecido, pero la influencia de los etruscos está escrita por todas partes en los inicios de la ciudad Estado de Roma. Afectó al calendario: su división en 12 meses, cada uno de ellos con sus *Idus*

(mediados del mes) y el nombre del mes Aprilis eran de origen etrusco. También lo era la forma en la que los romanos se llamaban a sí mismos, con un nombre de pila y un nombre de clan. El alfabeto latino original, de 21 letras, probablemente se adaptó de una adecuación etrusca del alfabeto griego. El primer templo que se erigió en el Capitolio fue etrusco. Se dedicó a *Iuppiter Optimus Maximus* («Júpiter, el mejor y el más grande»), con sus diosas acompañantes Juno y Minerva. Ninguna ruina de él sobrevive, pero al parecer fue muy grande—de unos 55 por 60 metros, se calcula habitualmente— y, debido al necesario espacio entre las columnas, su tejado estaba hecho de madera; esto supuso, inevitablemente, que se incendiara con frecuencia. Probablemente uno se puede hacer una idea bastante aproximada de la imagen de culto de Júpiter en su tejado observando la estatua etrusca de terracota del Apolo de Veii datada hacia el año 550-520 a. C. que se halla en el Museo di Villa Giulia de Roma.

Los *ludi* de Roma, los juegos y combates de gladiadores que cobrarían una importancia política tan colosal bajo los Césares, tuvieron su origen en Etruria. Algunos de los tonos naturalistas de la escultura de retrato romana ya estaban presentes en la vívida inmediatez de las efigies de terracota etruscas.

Algunos logros técnicos romanos tuvieron sus inicios en la pericia etrusca. Aunque los etruscos nunca crearon ningún acueducto, sí que fueron diestros en la canalización de aguas, y de ahí que fueran los antecesores de los monumentales sistemas de alcantarillado de Roma. Su tierra estaba entrecruzada por acequias de hasta un metro y medio de profundidad y uno de anchura conocidas como *cuniculi*; pero después de que Etruria fuera aplastada por Roma sus canalizaciones no se mantuvieron, así que gran parte de la *campagna* situada al norte de Roma degeneró en brezales y ciénagas palúdicas y permaneció inhabitable en algunos lugares hasta que el gobierno de Mussolini la empapó de insecticidas en el siglo xx. Es probable que los etruscos inventaran el arco segmental, sin el que la arquitectura romana no se podría haber desarrollado; los griegos nunca tuvieron esta forma estructural, pero es la base del sistema de alcantarillado etrusco-romano que culmina en la enorme, y aún visible, salida de la Cloaca Máxima al Tíber.

Algunas formas etruscas de organización política fueron mantenidas, en un sentido general, por los primeros romanos, empezando (según cuenta la leyenda) por Rómulo y continuando a lo largo de los inicios de la República. Estos conservaron la institución de la realeza, respaldada por los patricios o aristócratas. Pero la realeza no era

hereditaria: al ser de una importancia totalmente fundamental su función como líder bélico, el rey era elegido (aunque no por la gente común). Como sumo sacerdote del Estado, tenía la tarea de averiguar la voluntad de los dioses mediante la aruspicina y otras técnicas de adivinación. Era el responsable del régimen fiscal y del reclutamiento. Era el líder militar. Estos aspectos constituían su poder ejecutivo, o *imperium*. Este estaba inextricablemente unido al consejo de su organismo asesor, el Senado, compuesto en su totalidad por ciudadanos libres y de prestigio: no se admitía en él a pobres, obreros ni libertos (antiguos esclavos). La costumbre era que cada patricio disfrutara de los servicios de sus «clientes» plebeyos, personas de inferior categoría (como antiguos esclavos y extranjeros) que le servían a cambio de un lugar, por pequeño que fuera, en la vida pública. La relación entre patrón y cliente resultaría ser tan duradera en la historia futura de Roma como la que se estableció entre amos y esclavos.

Y pronto desaparecería la institución de la realeza romana. En el siglo v y a comienzos del iv a. C., la aristocracia ya había salido victoriosa, y pasó a sustituir las funciones y poderes del rey por los de dos cónsules, uno sirviendo de contrapeso al otro. Cualquier importante decisión de Estado tenía que estar acordada por ambos. Cada cónsul, también conocido como pretor, era elegido para estar un año en el cargo y tenía total autoridad en materia civil, militar y religiosa. Si era necesario, un dictador podía renovar el poder real durante un período estrictamente limitado de seis meses, pero no se recurría a esto con frecuencia como recurso político, y nadie estaba dispuesto a equiparar ni a confundir la dictadura con la realeza.

La clase más numerosa de los romanos era la intermedia, que se había visto atraída a Roma para instalarse y trabajar en ella por la continua expansión de la ciudad y su territorio. Roma siguió empujando hacia el exterior: en el año 449 a. C., por ejemplo, se anexionó una gran cantidad de territorio sabino, y mantuvo una confrontación más o menos continua con las tribus de los volscos, que deseaban aislar al Lacio del mar, aunque no lo consiguieron. Los romanos consideraban que era fundamental controlar ambas riberas del Tíber y su desembocadura, y no se equivocaban. El mayor peligro de todos, en el siglo v a. C., vino del norte: los hostiles galos, que habían empezado a absorber gradualmente Etruria. En una sus incursiones, aproximadamente en el año 390 a. C., penetraron en la propia Roma, aunque no por mucho tiempo. (Se cuenta que un destacamento de reconocimiento galo había visto las huellas de un hombre en un precipicio situado jun-

to al templo de Carmentis en el Capitolio. Lograron seguir la trayectoria de estas, ascendiendo en tal silencio que ni tan siquiera un perro ladró; pero justo cuando estaban a punto de caer sobre la guarnición romana que se hallaba en la cima, alteraron a unos gansos a los que se mantenía en lo alto del Capitolio por ser sagrados para Juno. El graznido y el batir de alas de estas aves dieron la alarma a los defensores romanos, que ahuyentaron a los galos.)

La necesidad de contar con poderosas fuerzas defensivas frente a los galos y otros aumentó el valor que tenían los plebeyos para el Estado romano, que no podía defenderse solamente con los patricios; sobre todo al seguir creciendo su territorio mediante conquistas y alianzas. En el año 326 a. C. Roma tenía aproximadamente 10.000 kilómetros cuadrados; en el año 200 a. C. ya tenía 360.000 kilómetros cuadrados; en el año 146 a. C., 800.000 kilómetros cuadrados; y en el año 50 a. C., casi dos millones. Faltaba muy poco para que la ciudad del Tíber dominara todo el mundo conocido.

Naturalmente, dada la creciente importancia militar y económica que fueron adquiriendo en su inferior condición social, los plebeyos tenían reivindicaciones que plantear. Fue esta época cuando se implantó el sistema tribunicio. El sistema aristocrático hereditario del poder romano pasó a ser menos establemente rígido debido a ellos. Los plebeyos querían tener paladines, hombres que defendieran sus intereses. Se designó a varios de estos hombres, conocidos como «tribunos». Y la extensión del poder romano siguió creciendo inexorablemente. A mediados del siglo IV a. C., Roma ya había absorbido todas las ciudades latinas, y todos los latinos que vivían en Roma gozaban de los mismos derechos sociales y económicos como ciudadanos romanos. Parte de la genialidad política de Roma consistió en que, cuando absorbía otra entidad política —*socii*, se les llamaba, o aliados—, otorgaba a los ciudadanos de esta plenos derechos romanos. El acuerdo habitual, con los samnitas por ejemplo, era que las tribus y ciudades *socii* conservaran sus propios territorios, magistrados, sacerdotes, usos religiosos y costumbres. Pero esto no equivalía a democracia. Existía la opinión general de que el gobierno exigía destrezas especiales que un ciudadano o un aliado tenían que aprender y adquirir, que no venían dadas simplemente por el territorio y la propiedad de la tierra. Y muy raramente se celebraban reuniones de los plebeyos sin la presencia de observadores patricios.

El Senado de Roma se distinguía del «pueblo», de la masa de los romanos. Pero siempre se consideró que ambos trabajaran juntos en

armonía. Esto se conmemora en el que, desde tiempos inmemoriales, ha sido el emblema oficial de la ciudad de Roma, su *stemma* o emblema. Precedidas por una cruz griega, cuatro letras descienden en diagonal por el emblema: S P Q R. Estas han tenido muchas interpretaciones jocosas, desde *Stultus Populus Quaerit Romam* («Un pueblo estúpido quiere a Roma») hasta *Solo Preti Qui Regneno* («Aquí sólo mandan los curas») e incluso, en un gesto hacia el mercado doméstico, *Scusi, il Prezzo di Questa Ricotta* («Disculpe, ¿cuánto vale este requesón?»). Pero sólo significan *Senatus Populusque Romanus* («El Senado y el Pueblo de Roma»).

Pocos romanos veían algo malo en las relaciones de clase que se desarrollaban a partir de un Estado dirigido por un patriciado. Una excepción a esto fueron un par de hermanos, Tiberio Graco y Cayo Graco. Tiberio Graco fue elegido tribuno en el año 133 a. C. e intentó que se aprobara por ley una redistribución de la tierra de los ricos a los pobres. Es dudoso que le indujeran a hacerlo motivos totalmente puros y desinteresados. Lo más probable es que las medidas que propuso Tiberio Graco estuvieran más pensadas para congraciarse con una mayoría plebeya y de ese modo aumentar su propio poder. En todo caso, los patricios le cortaron las alas de forma contundente, y cuando Tiberio dio el inaudito paso de tratar de ser elegido un segundo año como tribuno, fue asesinado en un motín instigado por ellos. Una suerte muy similar corrió su hermano Cayo, que en 121 a. C., igualmente elegido como tribuno, trató de introducir leyes que habrían dado más poder a las asambleas plebeyas y grano barato a los necesitados. Los terratenientes patricios vieron estas medidas con horror y organizaron el linchamiento de Cayo Graco, y de varios miles de sus partidarios. En cuestiones de interés de clase, la República romana no titubeaba.

Indudablemente, el principal legado que los etruscos dejaron a Roma fue religioso. Polibio, el historiador griego del siglo II a. C., afirmaba que el poder romano tenía su origen en la religión romana: «La cualidad en la que el Estado romano se muestra más claramente superior es, a mi juicio, la naturaleza de sus convicciones religiosas... es precisamente aquello que entre otros pueblos es objeto de reproche —me refiero a la superstición— lo que mantiene la cohesión del Estado romano». El término «superstición» no hacía referencia a un falso miedo a fantasías irreales. Más bien, estaba relacionado con la idea compartida de *religio*, «re-ligión», una fuerte unión. No cabe duda de que el poder unificador de una religión común, vinculado en todo momento a las instituciones del Estado, reforzó la fuerza política de Roma

y aumentó sus poderes de conquista. Cicerón fue uno de los muchos que se mostraron de acuerdo con esto. «No hemos superado a Hispania en población, ni a los galos en vigor... ni a Grecia en arte», escribió en el siglo I a. C., «pero en piedad, en devoción religiosa... hemos superado a todas las razas y a todas las naciones». La mayor alabanza, el supremo adjetivo que un romano podría aplicar a otro era el de *pius*, como sucede en la *Eneida*, la epopeya en la que Virgilio loa el nacimiento mítico de Roma y las hazañas de su fundador, *pius Aeneas*. No significaba «pío» en el sentido más peyorativo del término. Implicaba la veneración de los antepasados y de sus creencias; el respeto por la autoridad de la tradición; el culto a los dioses; por encima de todo, la conciencia del deber y la dedicación a él. Era una virtud firmemente masculina, cuyas implicaciones iban mucho más allá de nuestras medrosas concepciones de la mera «piedad». El único sentimiento nacional que se aproximó al pleno sentido de la piedad romana —y puede que ni siquiera en este caso del todo— fue la creencia de los ingleses de la época victoriana de que Dios estaba realmente de su parte, compartiendo la carga del hombre blanco en la inmensa tarea de apoyar, expandir y glorificar las necesidades naturales del pueblo frente a las «gentes y tierras salvajes» que estaba destinado a dominar. Probablemente nunca ha existido una civilización en la que los imperativos religiosos estuvieran más involucrados con las intenciones políticas que la de los inicios de la Roma republicana. Esta característica de la ciudad perduraría, naturalmente; aseguró el enorme poder político que ha tenido allí la religión desde la antigüedad y hasta la Roma papal.

Ciertas prácticas religiosas llegaron directamente a Roma desde Etruria. La religión autóctona romana, antes de ser reformada mediante la adopción de los dioses griegos, era animista, no antropomórfica. Sus dioses eran espíritus bastante imprecisos y difusos conocidos como *numina*, de donde procede nuestro término «numinoso». Algunos de los *numina* sobrevivieron en la posterior religión romana, mucho tiempo después de que los principales dioses romanos se hubieran personalizado y hubieran adquirido el carácter de sus predecesores griegos, convirtiéndose Zeus en Júpiter, por ejemplo, y Afrodita en Venus.

Durante los comienzos del período de la República e incluso ya iniciado el del Principado, en el que llegó el gobierno de un solo hombre de la mano de Augusto y la República se convirtió en el Imperio, la religión romana fue un absurdo caos burocrático de dioses de segundo orden sin carácter definido que eran responsables de innumerables

funciones sociales y necesitaban una constante propiciación mediante la oración y el sacrificio. En la mayoría de los casos sólo nos han llegado sus nombres y algunas funciones no muy bien conocidas. En el crecimiento de un bebé, por ejemplo, su cuna estaba vigilada por Cunnina, su lactancia materna por Rumina, su ingestión de comidas y bebidas adultas por Educa y Potina, la pronunciación de sus primeras palabras con ceceo por Fabulinus. La agricultura atrajo una horda de dioscecillos que cuidaban del arado de la tierra, de la siembra e incluso del esparcimiento del estiércol. Un *numen* cuidaba de los umbrales de las puertas, otro de sus bisagras. Entre los *numina* más importantes que han sobrevivido estaban los *lares* y los *penates*, que protegían la tierra agrícola y las casas; el «Genius», identificado como el poder procreador del padre (de ahí su posterior aplicación a la idea del talento creativo); y Vesta, la diosa guardiana del hogar del fuego, el centro de la vida familiar, en cuyo honor el sumo sacerdote designaba a «vírgenes vestales», seis en total, que comenzaban su función de niñas, a edades comprendidas entre los seis y los diez años. Se suponía que las vestales tenían que cuidar del fuego sagrado que ardía en el hogar del Estado en el templo de Venus, cuidando de que nunca se extinguiera. Si esto sucedía, serían azotadas ceremonialmente. En la práctica, esta era una designación para toda la vida; se suponía que había de durar treinta años, pero después de semejante período en el cargo era muy improbable que una vestal, que no había conocido otra forma de vida, se casara y criase a una familia, sobre todo porque no se consideraba que las mujeres que rondaran los cuarenta años o ya los hubieran cumplido reunieran las condiciones necesarias para la maternidad.

Cada uno de los dioses principales tenía sacerdotes conocidos como *flamens* consagrados a él, para que llevaran a cabo sacrificios y practicasen ritos. Estos sagrados oficios estaban envueltos de antiguos tabúes y rituales. Un *flamen* no podía, por ejemplo, montar a caballo, tocar una cabra, llevar un anillo enjoyado ni hacerse un nudo en ninguna de las prendas de ropa que llevara puestas. El origen de estos y otros peculiares tabúes es ya no solamente poco conocido, sino imposible de conocer.

Los *flamens* eran figuras importantes por dos motivos principales. En primer lugar, sus deliberaciones fueron la base primitiva de la ley y tenían parte de la fuerza coercitiva de esta: no se les podía desobedecer impunemente. En segundo lugar, como era tan deseable el hecho de tener una idea de aquello que los dioses aprobaban, de esta necesidad surgió la práctica de la adivinación.